

PiNoCChO

SEMANARIO INFANTIL

NUM. 3.

8. MARZO
1925.



30
Cénts.

Ayuntamiento de Madrid

¿QUÉ OS PARECE?

¿Qué os parece PINOCHO? ¿Es o no es digno de la fama de vuestro amigo y del renombre de Calleja?

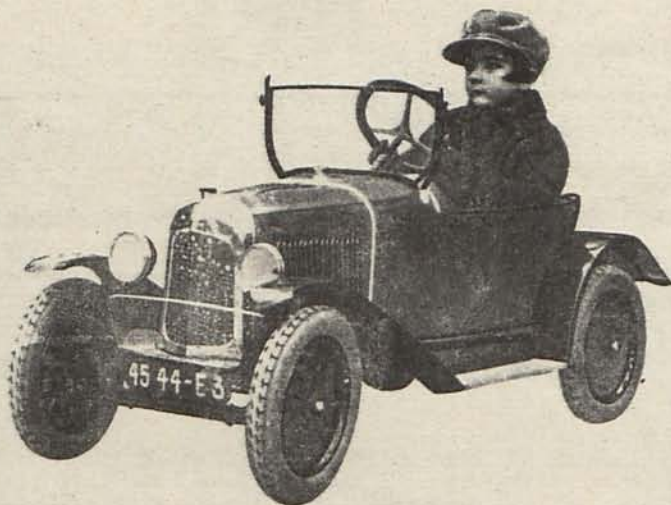
Pues ya lo sabéis: cada domingo PINOCHO os visitará para divertirlos con su aluvión de cuentos, de chistes, de historietas, de concursos y de todas las múltiples atracciones que os ofrece. El

domingo será para vosotros, desde ahora, *más domingo que antes* porque el doningo *sale PINOCHO*.

Y ahora fijaos bien, que viene lo bueno.

PINOCHO regalará a sus lectores *todas estas maravillas:*

Dos colosales automóviles como éste.



Con frenos, faros eléctricos, marcha atrás, neumáticos Michelin y cambio de velocidad. No tenéis idea de lo formidables que son estos *autos*. Seguramente los felices amigos de PINOCHO a quienes les correspondan serán los niños más contentos de Europa y de una parte de Asia.

Dos magníficas bicicletas como ésta.

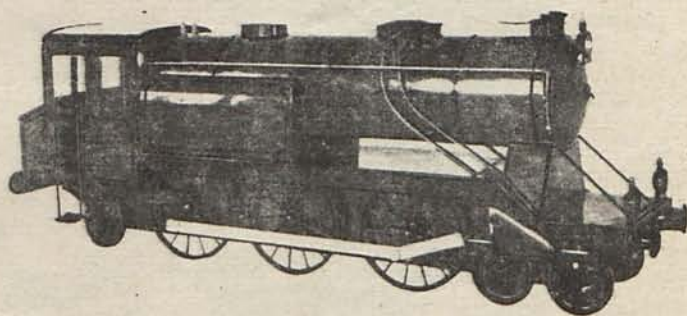


(Estas bicicletas serán de niña o de niño, según sea el agraciado.)

Seis preciosas muñecas como ésta.



Dos formidables locomotoras como ésta.



Un «trousseau» monísimo como éste.



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE VALENCIA 28

MADRID

TEL. 204-M — APART. 447

ED. "SATURNINO CALLEJA". — DIR. J. BARTOLOZZI.



AÑO I

NÚMERO III

Precios de suscripción: AÑO..... 15 pesetas
SEMESTRE..... 7,75 —

NÚMERO CORRIENTE, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 40 CÉNTS.

EL MONO INVENTOR



Fue pocos días después del Diluvio. Deseando los animales ser libres y no vivir bajo la tutela de otro Noé que los introdujese en el Arca nuevamente, como prendas de vestir en cambio de temporada, fueron a establecerse a una isla, no estamos muy seguros si del Asia, del Africa o de la Oceanía.

Infinitos animales *posaron* allí sus plantas, picos y alas y dieron principio a su colonización.

La hiena puso una casa de préstamos; el tigre se encargó de recaudar las contribuciones; el zorro se hizo cargo de los asuntos judiciales; el oso gobernaba el Concejo; el camello se hizo guardia y no salía de su famoso paso (todos habréis oído hablar del paso del camello), y la jirafa se dedicó a pasear, pues, según decía, no era cosa de trabajar teniendo una posición tan elevada.

Regía los destinos de la isla y de sus moradores el león; pero cansados éstos de la regencia decidieron establecer la República, y para ello organizaron varias pruebas con objeto de que la presidencia fuese ocupada, no por el más fuerte, como hasta aquí había sido, sino por el que más condiciones tuviese para organizar y dirigir.

Formóse un Jurado compuesto de un elefante muy viejo y un camello no mucho más joven.

Llegaron al final de los ejercicios un mono y un zorro; mas la suerte favoreció al mono, que hubo de demostrar en el ejercicio último sus grandes condiciones para ocupar el sillón presidencial.

Viendo el zorro que se le escapaba de las manos la codiciada presidencia, y temiendo que todos los zorros habían de agitarse violentamente y le sacudirían el polvo, dijo así:

—Señores del Jurado: Bien me parece vuestra determinación, y la acato; pero aún le falta una cosa que le haría completo... ¡Volar!

El mono se quedó al pronto corrido, como si fuese mona. Después se repuso, y dijo al fin resueltamente:

—Concededme un plazo de veinticuatro horas, y yo prometo volar.

□ □ □

Daba vueltas a su *magín* nuestro mono para resolver tan difícil situación, y malhumorado subió a un cocotero, dispuesto a desahogarse arrojando cocos al espacio. En esto, como veréis, se parecía a muchos hombres.

—¡Que viene el coco, hijos míos! —dijo una coneja que tomaba el sol con sus gazapitos, viendo llegar uno de los proyectiles; y las *criaturitas* se introdujeron asustadas en su madriguera.

—Diera yo toda mi agilidad por ver convertidos mis brazos en alas. ¡Quién tuviera plumas en lugar de dedos!

En éstas y otras parecidas lamentaciones se hallaba cuando vió a un avestruz parado debajo del árbol, que así le hablaba:

—Por plumas no te preocupes. Yo pensaba que mi señora se arreglase un sombrero con todas las que se me han caído hace días por efecto de un enfriamiento; pero te las cedo gustoso con tal de que salgas de tu apuro. ¡Anda, sube sobre mí y vamos volando!

□ □ □

Una vez en posesión de las plumas, el mono se las colocó cuidadosamente sobre los brazos pegándolas con una gran cantidad de resina (que del árbol *KAMELOCUS* extrajo) hasta ver convertidos sus brazos en poderosas alas.

—Ahora, a volar —dijo.

□ □ □

Llegó el siguiente día, y el fin del plazo se acercaba. El Jurado estaba en el sitio de costumbre, y todo el pueblo animal esperaba impaciente ver si el mono cumplía su promesa.

No habrían transcurrido dos minutos sobre la hora fijada cuando un gran relincho hizo que todas las cabezas se levantaran.

—¡Ya viene! ¡Ya viene! —gritaron todos, viendo un punto negro que avanzaba por el espacio.

—¡Es el mono! ¡Es el mono! —clamaba la animal multitud.

Y, efectivamente, era él, el que describiendo dos graciosas curvas descendió ante el Jurado, entre las coces, gritos, aullidos y mugidos de la multitud, que así demostraba su entusiasmo.

—¡Quedas proclamado! —gritó el camello—. ¡Yo adivino toda la grandeza de tu hazaña! ¡Eres un precursor! ¡Acabas de descubrir el MONO-PLANO!



CURIOSIDADES

EL CARNAVAL A TRAVÉS DEL MUNDO

Entre los innumerables países que han celebrado y celebran el Carnaval, algunas ciudades se distinguen especialmente por el lujo, la originalidad o la alegría de sus fiestas.

Por ejemplo, en Munich (Alemania), cada siete años se celebra la «danza de los toneleros», que consiste en que los toneleros de la ciudad, vestidos a usanza de los cuberos antiguos y tradicionales, bailen alrededor de un tonel gigantesco.

En Italia, el Carnaval de Roma se distinguía por la afluencia de extranjeros que acudían de todas las partes del mundo a presenciar sus cabalgatas, carreras de caballos, batallas de flores y de confetti...

Pero el Carnaval de Venecia es el que de mayor fama ha gozado entre los antiguos por sus iluminaciones artísticas de farolillos de colores que adornan los edificios y las góndolas de sus canales y por sus fuegos artificiales, luchas de animales, juegos hercúleos, mascaradas, etc., etc.

En París, a las cabalgatas de magníficas carrozas que recorrían las calles en los días de Carnaval, se les añadía el «buey gordo», que era un buey enorme, escogi-

do entre los más gordos y grandes que podían encontrarse, y que era paseado en triunfo con una corona entre los cuernos; el «buey gordo» del año 1842 ha dejado un recuerdo memorable; ¡figuráos que pesaba la friolera de 1.900 kilos. ¡Pobrecito!



HISTORIA DE UN DISFRAZ REAL

Pepito está desesperado. Pensaba asistir a un baile infantil de disfraces, magníficamente vestido de PINOCHO, y he aquí que a última hora la fiesta se ha suspendido. Pepín rabia y patalea, olvidándose que es un niño bueno.—estos olvidos son frecuentes en él—; y su hermana mayor, Maruja, le consuela y le dice:

—Mira, Pepito, tú te desesperas porque no vas al baile, y hubo un rey de Francia que se volvió loco por haber ido.

—¿Cómo es eso? —murmura Pepito.

—Pues verás, es una historia terrible y verídica que acabo de leer; te la voy a contar.

Pepito es todo oídos, y Maruja cuenta:

—Durante la guerra de los Cien años entre Inglaterra y Francia, el rey de este último país, Carlos VI, tenía ganas de divertirse, y para Carnaval dió en su palacio un magnífico baile de trajes, al que asistieron todos los cortesanos y todas las damas de la corte.

El rey Carlos VI se había propuesto que su disfraz fuese el más original y ex-

traordinario de todos, y resolvió vestirse de... salvaje.

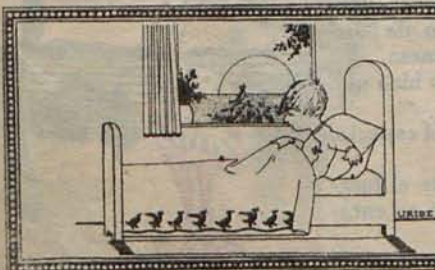
—¿Con el mismo traje?

—¡No, hombre! De salvaje de verdad. Para ello se puso de acuerdo con otros cinco señores encopetados. Los seis se untaron todo el cuerpo con pez, revolcándose luego entre plumas de ave, que se quedaron pegadas. Excuso decirte que ofrecían el aspecto más extravagante del mundo.

En esta forma entraron juntos en la sala de fiestas, y los invitados, que no sabían quiénes eran aquellos seres fantásticos, dieron gritos de asombro. Pero ¡ay! unos curiosos, para verlos mejor, se acercaron tanto con teas encendidas en las manos que la pez se prendió fuego, comunicándose rápidamente de unos a otros. Del susto el monarca se volvió loco.

—¿Lo ves, Pepito? —dice Maruja a su hermano—. Antes de exponerte a tales peligros es preferible no ir al baile.

—O alumbrar la sala con electricidad —contesta Pepito, que no da nunca su brazo a torcer.



Todos los niños se levantan alegres porque saben que les lavan con

JABÓN CALBER (PASTILLA 1,25)

y todas las madres deben tener buen cuidado de que el cutis sensible de los niños sea lavado exclusivamente con

JABON CALBER (PASTILLA 1,25)

porque es el más indicado dada la pureza de los componentes.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIAN

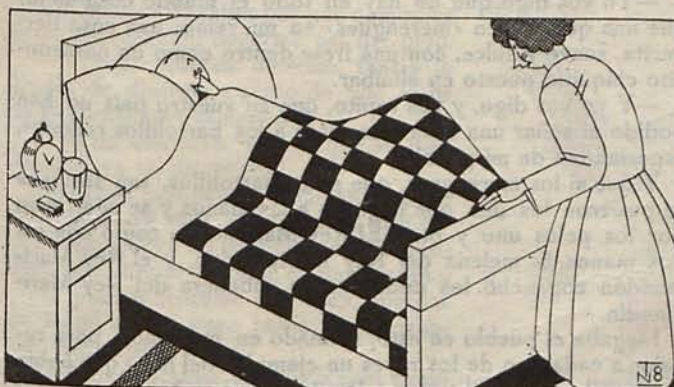
CHISTES



—Oye, Pepito, ¿por qué ponen ahí ese farol?
—Para que no tropiecen con esas piedras.
—¿Y para qué están ahí esas piedras?
—Para sostener el farol.



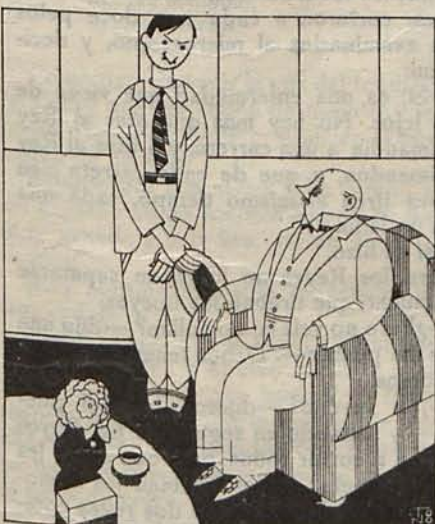
—¡Cielos! ¡Ciento veinte pulsaciones por minuto!
—Este corazón anda muy mal.
—Pero, doctor, si lo que está usted oyendo es el reloj!
—Pues este reloj anda muy mal.



—Levántate, que es tarde. ¿No te encuentras bien?
—Divinamente; por eso no me levanto.



—Y cuando se lava usted, ¿cómo sabe dónde termina la cara?



—Que le acompañen hasta la puerta, y no se lleve usted ningún paraguas.
—Le advierto a usted que soy un caballero.
—Pues por eso, porque los paraguas que hay son de caballero.



—He subido hasta el quinto piso y no he encontrado a la portera; ¿no decía que estaba en la escalera?
—Sí, señor: en la escalera del sótano.



—¿Y qué piensa usted hacer por estos gemelos?
—Pues qué quiere usted que haga... ¡Mirar por ellos!



POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER
son el mejor amigo de los niños que les priva de ESCOCIDOS, IRRITACIONES DE LA PIEL, GRANOS, SARPULLIDOS, etc., etc.

POLVOS ANTISEPTICOS CALBER
son admirables para después del baño y extraordinariamente refrescantes. Los recomiendan millares de médicos y los usan millares de madres para su bebé.

Están premiados en la EXPOSICIÓN FARMACÉUTICA Y DE HIGIENE y nada se ha descubierto hasta hoy, ni más aséptico, ni más agradable para el cutis.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIÁN.



EL REY MARIMANDÍN Y EL REY MARIMANDÓN

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES



Érase una vez un Rey que no daba su brazo a torcer nunca, y érase una vez otro Rey que quería salirse siempre con la suya. El uno tenía razón siempre; el otro no se equivocaba jamás... Uno era el Rey Marimandín y el otro era el Rey Marimandón.

Defectos, lo que se dice defectos, no tenían; hubieran podido hacer los dos unos Reyes modelos, y hubieran podido llevar una vida en

mientras tanto, el Rey Marimandín y el Rey Marimandón se enzarzaron un día como nunca.

—Yo vos digo que no hay en todo el mundo cosa mejor que una que llaman «merengues» en mi reino; una cosa tiernecita, suave y dulce, con una fresa dentro como un corazoncito chiquitín puesto en almíbar.

—Y yo vos digo, y vos repito, que en vuestro país no han podido ni soñar una cosa semejante a los bartolillos rellenos, especialidad de mi pueblo.

Y que si los merengues, que si los bartolillos, tan furiosos se pusieron los dos, que llegaron a las manos y se agarraron por los pelos uno y otro. El Rey Marimandín cogió con las dos manos la melena del Rey Marimandón, y el Rey Marimandón enganchó los dedos en la cabellera del Rey Marimandín.

Llegaba el pueblo en esto, formado en procesión, para regalar a cada uno de los reyes un ejemplar del libro que había escrito el sabio, y al ver que los dos reyes se habían enzarzado de aquel modo, corrieron a separarlos en seguida.

Pero todo fué inútil; tan fuerte se habían agarrado, que no los pudieron separar por más que hicieron.

Vinieron los Doctores, examinaron a los Reyes, cortaron a cada uno doce pelos para examinarlos al microscopio, y decidieron:

—Sí; es una enfermedad que viene de muy lejos. No hay más que atar al Rey Marimandín a una carreta, y a otra al Rey Marimandón, y que de cada carreta cien bueyes tiren al mismo tiempo, cada una para un lado.

Así se hizo.

Pero los Reyes no lograban separarse por mucho que tiraban los bueyes.

—¿Pero no veis cómo aullan? —dijo una vieja del pueblo—. Deben tener dentro los demonios.

—¡Es verdad! —dijeron los del pueblo—; y soltando en seguida a los Reyes echaron a correr todos para que no se les fueran a meter a ellos también los demonios en el cuerpo. Allí quedaron entonces los dos reyes completamente solos.

Solos, pero juntos; agarrados los dos por los pelos, nariz con nariz, mirándose en los ojos, frente a frente, tirándose de los pelos y sin poder ninguno de los dos ni aflojar los dedos siquiera.

II

Se marcharon de allí...

Se marcharon andando de lado, porque no podían andar de otra manera: co-



paz y en gracia, de no haber tenido la costumbre de disputar a cada paso. Debéis saber que estos Reyes vivían muy cerca uno del otro; tan cerca, que el Rey Marimandín no podía hacer estudios al piano sin que el Rey Marimandón comenzara a refunfuñar porque no le gustaba el ruido. Y el Rey Marimandón, que tenía la costumbre de colgar cuadros en las paredes de su casa, no podía clavar lo que se dice ni una escarpia sin que el Rey Marimandín, a quien reventaban los ruidos, no saliese a la ventana a protestar hecho una furia.

Los dos en medio de la calle se enseñaban los puños y los dientes, y parecía enteramente que iban a sacarse los ojos.

—Rey Marimandín, que os la vais a encontrar el mejor día.

—Rey Marimandón, que hago cualquier día un disparate.

Y después de mucho discutir, cuando ya tenían ronca la garganta y la lengua cansada, se estrechaban las manos y se decían:

—Rey Marimandín, eres en el fondo una buena persona; pero tienes el vicio de olvidar que yo tengo razón siempre.

—Rey Marimandón, tú, en el fondo, no eres malo; pero no te sueles fijar en que yo nunca me equivoco.

Dicho esto se separaban los dos Reyes, y todos los días era igual: hoy por esto, mañana por aquello, los dos Reyes andaban siempre de pelea, y el pueblo estaba ya que no sabía qué hacerse.

—¿Y si formáramos un Comité de la Paz para que hagan los Reyes las paces? —se dijeron los del pueblo. Y nombraron un Comité; pero todos los que compusieron el Comité tuvieron que irse al hospital al poco tiempo, porque de tanto estudiar y discutir lo que habían de hacer sus Soberanos se habían puesto los pobres a morir: enfermos, flacos, roncós y con debilidad en la cabeza.

Llamaron a un filósofo para que estudiase la cuestión, y el filósofo se pasó tres meses sin moverse, y escribió después un libro; un libro que sólo con verlo bastaba para comprender que era uno de los libros más grandes del mundo. Pero



—¡Ay! Señor, Señor —se decían— ¿Por qué habremos regañado nosotros? ¿A quién se le ocurre regañar?... Si ahora pudiéramos soltarnos, ¡qué buenos Reyes y qué pacíficos seríamos!

Pero era tarde ya para arrepentirse; había que seguir caminando... A la una, a las dos, a las tres...

—Cuidado, Rey Marimandín, porque me tirais de los pelos en cuanto no andais como yo.

—Lo mismo me pasa a mí con vos cuando no andais como yo; parece como que me arrancan el pellejo.

Llegaron a cansarse de tal modo, que se pararon jadeando.

—¿Cómo estais, Rey Marimandín?

—No estaría del todo mal, Rey Marimandón, si no sintiera la cabeza tan pesada. Quisiera yo saber por qué demonios se os ha ocurrido cogerme así del pelo.

—Y vos, ¿queréis decirme, teneis la gracia de decirme a santo de qué se os ocurrió cogerme la melena?

Pero no discutían, no; lo que se dice discutir, ya no discutían.

Siguieron caminando, caminando; pero el camino era más largo cuanto más caminaban, y llegó un momento en que rendidos decidieron sentarse en una piedra...

No podían sentarse muy bien, cogidos de aquel modo; pero había que descansar, fuera como fuese.

Sentados estaban los dos Reyes cuando oyeron una voz que les decía:

*«Rey Marimandín,
Rey Marimandón.
¡Pobre peluquín,
pobre pelucón!»*

Como parecía venir la voz del fondo de la tierra, levantaron la piedra que les servía de asiento y se encontraron con que había debajo un agujero, y allí, en la boca del agujero, una escalera de caracol.

Bajaron por ella. ¡Dios sabe cómo!, y se encontraron, cuando llegaron abajo los dos Reyes, en medio de una esplanada muy grande y muy lisa, sin un alma... Una voz exclamó entonces:

¡Rey Marimandín, a la derecha!... ¡Rey Marimandón, a la izquierda!

Pero, ¿cómo era posible? ¿Cómo se habrían de ir el uno hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, sino se podían despegar por más que hacían? Y, sin embargo, el Rey Marimandín sentía una fuerza irresistible que le hacía ir a la derecha, y el Rey Marimandón otra fuerza invencible que le llevaba hacia la izquierda; y como ni aun por esas se despegaban ni un centímetro, tuvieron tal dolor y tal susto, que se cayeron por fin al suelo sin saber lo que les pasaba.

Cuando volvieron en sí se encontraron en un pozo muy grande; muy grande, y muy negro, con muchas galerías, unas encima de otras, y allá, en el fondo, el mago *Truena-Trueno* que cuando habla dice «¡Bueno, bueno!», todo vestido de oro, con un metro de oro en una mano, el metro con que mide la razón y la sinrazón de los que tienen razón y de los que no tienen razón.

gidos del testuz, como las cabras que se enredan los cuernos... Y fueron andando juntos... ¿Dónde? Donde fuese...; donde nadie los conociera; donde nadie supiese lo que les había pasado por tener mal genio y regañar; donde encontraran alguno que supiera de qué modo podrían separarse.

Y fueron marchando a compás, teniendo mucho cuidado de echar el paso juntos, porque si no, tropicaban y se caían, y era inútil enfurecerse o protestar, porque al menor respingo de uno o de otro se daban un tirón de pelos.

Y el Mago *Truena-Trueno*, que cuando habla dice «Bueno, bueno», tomó la palabra y dijo:

—Bueno, bueno... Chilindrín, chilindrón... Metiquín y metición... Por si cuela y Zomilota. Frote, frota; bote, bota; Zapatote, Zapatota; No vi trini trono treno... Bueno, bueno... Que me traigan ahora mismo la balanza.

Y todos los enanillos criados del Mago *Truena-Trueno* se pusieron en movimiento entonces y trajeron entre todos una balanza inmensa, toda de oro. Era la balanza con que pesaba el Mago *Truena-Trueno* la razón y la sinrazón de los que tienen razón y de los que no tienen razón.

Truena-Trueno diciendo: «Bueno, bueno», exclamó dirigiéndose a los Reyes:

—Bueno, bueno. Voy a pesar vuestros vicios y vuestras virtudes para hacer justicia justa... —y los platillos de la balanza empezaron a subir y a bajar para un lado y para otro, haciendo temblar la tierra toda.

El Rey Marimandín y el Rey Marimandón esperaban, llenos de susto, de rodillas, como los niños que han sido malos cuando esperan que los perdonen sus mamás.

El Mago *Truena-Trueno* dijo, por fin, después de un rato:

—Bueno, bueno... La balanza me ha dictado claramente que para vos no hay justicia...; pero, bueno... Como habéis sufrido una lección que os puede enseñar mucho, yo voy a perdonaros con sólo el castigo de que os quedéis calvos para siempre; de que se os caigan para siempre todos esos pelos que os habeis querido arrancar con tanta rabia... Eso os servirá para que os acordéis de lo ocurrido, si es que algún día lo olvidaseis.

Lo mismo fué decir esto el Mago *Truena-Trueno* que encontrarse los dos Reyes separados...

Los dos se inclinaron ante el Mago, dando con la frente en el suelo, con tanto arrepentimiento y tanta fuerza, que hicieron en la tierra un agujero atroz.

Los dos desaparecieron entonces por aquellos dos agujeros como por dos escotillones y no pararon de caer hasta que llegaron a su Reino.



III

El pueblo los recibió con fiestas de alegría para conmemorar la reconciliación de los dos Reyes.

Y los dos fueron en procesión cogidos de bracero a la vista de todo el mundo.

—Cuánto he cambiado —decía el Rey Marimandín al Rey Marimandón, cogiéndole del brazo—; antes creía yo que tenía siempre razón; y no: me equivocaba; cuando no me equivoco es ahora.

—Pues ¡dígamelo a mí! —contestaba el Rey Marimandón, estrechando el brazo al Rey Marimandín, muy efusivo—.

Soy otro enteramente; antes era yo el que no creía equivocarme; y no tenía razón. No la tenía, no; os lo confieso.

Cuando tengo razón, Rey Marimandín, es ahora.

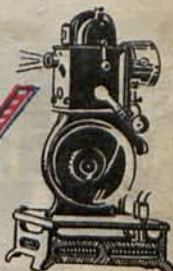
JUAN DE LAS
VIÑAS.



**Camera y
Patke-Baby**

**EL CINE DE FAMILIA
A PLAZOS Y AL CONTADO
PELIGROS, 14 Y 16 MADRID**

Ayuntamiento de Madrid



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA

POR E. SALGARI

(Continuación.)

bolsillos de sus pantalones y contempló en silencio la costa, cubierta, hasta donde abarcaba la vista, de abetos blancos altísimos, que inclinaban sus copas bajo el azote de las ráfagas, cada vez más violentas.

—Allí abajo —dijo al fin—, si no me engañan mis ojos, me parece distinguir la desembocadura de un río. Entre tanto podemos fabricar la armadía, convendría pensar en echarnos algo por el gaznate. Tú, Ulric, ve a ver si encuentras pernils en algún barril; y tú, Wolf, encárgate de las galletas. Esos perros canadienses no nos han dejado cenar, y con la panza vacía pocos milagros se pueden hacer. Petifoque, ve tú también a buscar algunas botellas. Davis embarcó tres o cuatro cajas en Montreal, y debe de quedar alguna.

—Eres un hombre admirable —dijo el joven marinero—. La embarcación está en peligro y piensas en comer...

—Hay que aprovechar el tiempo, amigo. Vamos a prisa, ya que el lago nos ofrece una tregua. ¡Oh, oh! ¡Una luz!

—¿Dónde? —preguntó Petifoque dando un salto hacia adelante.

—Acabo de distinguirla en este momento.

—¿Antes no ardía?

—No.

—¿Fuego o farol?

—Farol no es, de seguro. Es una fogata que arde en las orillas de la hendedura que he descubierto.

—Quizás se acaba de establecer por estos contornos algún campamento de indios.

—Lo único que puedo afirmar es que allí hay leña ardiendo y que el fuego se ha encendido en este mismo momento, pues hasta ahora no le había visto, a pesar de que todavía tengo buena vista.

—Ni yo tampoco, Cabeza de Piedra. ¡Oh!

—¿Qué tripa se te ha roto?

—No se me ha roto nada; pero se me acaba de ocurrir que ese fuego bien pudieran haberlo encendido los canadienses para secarse. Con lo fría que está el agua, no han debido de llegar a la costa en muy buen estado.

—¡Ejem! —gruñó el viejo bretón, que seguía con los ojos fijos en el fuego—. Difícil lo veo. Antes bien, se tratará de alguna cabaña habitada por un colono. Ya sabes que hay algunos que viven en paz con los indios, a los que compran pieles, dándoles, en cambio, pólvora, armas y, sobre todo, licores.

—Ya escalarán a alguno de vez en cuando.

—Por supuesto. El oficio ofrece pocos atractivos. Sin embargo, esos colonos realizan ganancias fabulosas, y vuelven a Francia riquísimos... los que consiguen volver.

—Que no serán muchos...

—Eso creo yo también. Los indios del Canadá son los más feroces de todos los de América del Norte, y no pueden ver a los hombres mal guisados,

—¿Cómo mal guisados?

—Sí. Dicen que el Gran Espíritu nos ha guisado mal, y en cambio a los negros los ha dejado que se tuesten demasiado.

—De modo que sólo ellos han estado en el horno el tiempo preciso.

—Y se vanaglorian de ello, y desprecian a los que, como

nosotros, tenemos la tez a menudo blanca y sonrosada. ¡Eh, Ulric! ¿Va a estar pronto la comida?

—Sí, buen padre —repuso el hessiano—. Haber encontrado también salchichas ahumadas y potellas de serfesa.

—Entonces, Petifoque, podemos darles trabajo a los dientes.

—¿Con esta borrasca?

—¡Quién piensa en ello! Ya estamos hechos a las bromas del viento y del agua.

Los dos hessianos habían preparado la mesa detrás de la barricada a fin de resguardarla de la furia de las olas, y los cuatro tripulantes dieron un asalto formidable a los pernils y a las salchichas ahumadas, regándolos copiosamente con buena cerveza inglesa, que entonces superaba a la alemana.

Desde el medio día anterior no habían podido probar bocado, pues Davis les había sorprendido en el preciso momento de preparar la cena.

Al terminar de comer, Cabeza de Piedra sacó su famosa pipa, la cargó con fuerte tabaco holandés llevado de contrabando a Nueva York, y la encendió, no sin trabajo, pues el viento, que poco antes parecía aplacarse, acababa de reanudar su carrera furiosa.

—Ahora —dijo— puedo enteraros de que, en efecto, llevo dos cartas, una de Washington y la otra del barón Mac-Lellan, que me las han confiado para entregárselas en propias manos a los comandantes del fuerte de Ticonderoga.

—¿Y cómo se habrá podido enterar Davis? —preguntó Petifoque apretando los dientes—. Quisiera yo explicarme este misterio.

—Aquí anda la mano del marqués de Halifax. Ese miserable que dispone de grandes riquezas debe de haber corrompido con sus guineas, no sólo a los canadienses, sino a algunos americanos de los que rodean a Washington.

—Así habrá sabido Davis la misión importante que te ha sido encargada.

—Misión que yo mismo ignoro casi por completo, pues ni el general ni el capitán me han dicho sino que me llegue al fuerte y me guarde de los peligros.

—¡Sí, y nos adjuntan esa alhaja de Davis! —exclamó Petifoque—. ¡Ah, si lo llegamos a saber antes...!

—Se ve que los dos comandantes tenían plena confianza en él —prosiguió Cabeza de Piedra después de lanzar, una tras otra, tres grandes bocanadas de humo—. Ahora, lo que yo quisiera saber es cómo vamos a llegar al fuerte sin embarcación y sin guía.

—Los hombres como nosotros no se vuelven nunca atrás.

—Oye tú, Petifoque, ¿por quien me tomas? ¿Acaso he pensado yo en volverme a Nueva York sin ver a Arnold y Saint-Clair y entregarles las cartas? Lo malo es que estamos molidos y que no encontraremos amigos.

—¿Será cierto que los ingleses están a punto de llegar a esta región para reconquistar los fuertes?

—Eso ha dicho Davis, y debe de estar bien enterado.

—Entonces estamos expuestos a caer prisioneros antes de llegar a Ticonderoga y a ser colgados de una entena de cualquier bergantín, como corsarios. ¡Bonita perspectiva!



Gran Variedad en
JUGUETES

GRAN VÍA 18

EXTENSO SURTIDO EN COCHES DE NIÑO
Ayuntamiento de Madrid

—¡Bah! Todavía no nos han cogido los ingleses.

Vació su famosa pipa, bebióse otro sorbo de cerveza y se incorporó para mirar si la fogata brillaba todavía.

El lago despertaba de nuevo y el viento rugía con ímpetu creciente; terminada la iregua, la tempestad se desencadenaba con mil fragores, alborotando las aguas del Champlain.

Cabeza de Piedra sacó su reloj y, no sin cierta dificultad, pudo precisar la disposición de las manecillas.

—Las dos y veinte. Aún falta mucho para el alba. Esto va mal.

Petifoque se aproximó a él:

—Cabeza de Piedra —dijo con voz alterada—, Wolf me acaba de decir que ha visto humo en la bodega y que parece provenir de proa.

—¿Cómo! ¿Fuego a bordo? ¿Y quién...?

—Quizás el canadiense que desapareció primero.

—¡Por todos los campanarios de Bretaña...! Tempestad y fuego... Esos miserables querían sencillamente destruir la barca. ¿Podía ocurrirnos nada peor?

—¡Y no tenemos ninguna bomba a bordo!

—Ya lo se. Quizás habría alguna; pero ese perro de Davis la habrá mandado retirar cuando compró la tartana.

—¿Hay peligro de explosión?

—Las municiones están a popa, y el fuego tardará en llegar al pañol. ¡Eal! No perdamos tiempo si no queremos morir antes del amanecer, ahogados o convertidos en tostadas.

—¿Qué piensas hacer?

—Intentaré botar una armadía.

Tonto de mí, que debí aprovechar la tregua que nos ofrecía el lago. Ahora ya será tarde, pero haremos cuanto podamos para llegar a la costa. Tenemos cajas y barriles en abundancia, no faltan cables y ahí están las hachas.

En aquel instante llegaban los dos hessianos, que venían de la cámara grande de proa, de donde empezaba a salir humo.

—Patre —dijo Ulric—, canatienies haper insentiato la parca, tota botega llena de fueco.

—¡Y no habernos dado cuenta hasta ahora!... —exclamó Cabeza de Piedra—. Por lo visto, estaba incubándose.

—Ya hase llama, patre. Lencuas de fueco infaten botega.

—Es verdad —agregó Wolf—. Incendio avanzar rápidamente.

—¿Creéis imposible extinguirlo?

—Demasiado tarde. Ha llegado a los barriles de petróleo y aumentará por momentos.

Cabeza de Piedra se dió un fuerte puñetazo en el durísimo cráneo; empuñó el hacha y se lanzó a popa, hacia la barricada, gritando:

—¡Pronto. ¡Hagamos una jangada!

—Si nos da tiempo para ello —agregó Petifoque.

La borrasca volvía a recrudecer sus furores, levantando montañas de agua en el lago y aullando pavorosamente en las densas tinieblas.

Con todo, la barca, encallada en la arena como estaba y con la quilla mantenida en firme por el trozo de roca que tenía embutido, hubiera podido resistir aún algún tiempo. Pero al estallar el incendio, y aunque no fuese aquel un momento propicio para botar una armadía, no les quedaba a los naufragos el recurso de la elección.

Con prontitud pusieron todos manos a la obra, uniendo cajas y barriles y desclavando gruesos tablones de los muros, con los cuales formaron una pequeña plataforma.

Cabeza de Piedra, cañonero, carpintero y perito en el manejo del hacha, pues durante sus largas navegaciones había construido buen número de balsas en sus diversos naufragios, dirigía el trabajo y clavaba y unía todos los objetos flotantes que encontraba en la cubierta del barco.

Afortunadamente, las gigantescas montañas de agua, que se estrellaban sobre el escotillón, penetraban en la cámara grande y detenían así el desarrollo del incendio.

Pero una humareda espesa continuaba subiendo, negra y hedionda, impregnada de grasa y petróleo, mientras sordos rumores se oían en la bodega, denunciando el estallido de barriles llenos de materias más o menos oleaginosas.

Mientras sus compañeros se aprestaban a lanzar al agua la balsa, Cabeza de Piedra recogió las tres carabinas de los canadienses, que el calor del incendio había secado a pesar de la continua invasión del agua. También cogió la de Davis, y acto seguido se precipitó en el pañol y, desafiando el humo, puso en salvo las dos cajas de municiones.

—¿Estamos listos? —preguntó apresurándose a subir para que la pólvora no le estallase entre las manos, pues las chispas empezaban a irrumpir también por el escotillón de popa.

—Ya está todo ensamblado —repuso Petifoque—. Pero no estoy muy seguro de que lleguemos secos a la costa.

—Es de temer. ¡Eal! Lancémosla, bajemos y sostened firmes los cables. Yo me encargo de las armas, que en esta región son lo esencial.

—¿Y víveres, no embarcamos? —preguntó Wolf.

—No vale la pena; las olas se los llevarían antes de que pudiéramos aprovecharlos. No nos faltará caza en aquellos bosques.

Los naufragos comenzaron a bajar tablones, barriles y cajas, cuidando de no dejarse llevar del oleaje, y descendieron a la primera fila de escollos, que emergían un metro, aproximadamente, de la superficie.

En aquel punto la profundidad era escasa; pero a juzgar por la resaca, algo más lejos debía de ser mucha.

Los bretones y los hessianos, con el agua a la cintura, recogieron sus materiales flotantes y, después de una obstinada lucha con las aguas del lago, formaron una balsa como mejor pudieron, a despecho del huracán.

Apenas se habían tendido en los tablones, agarrándose a los barriles y las cajas, a fin de impedir que se los llevase un golpe de mar, cuando una luz siniestra brilló en el barco, seguida de un gran estruendo que repercutió a lo lejos bajo los árboles de la costa.

—¡Ah, canallas! —exclamó Cabeza de Piedra—. También nos querían hacer saltar. Cinco minutos de retraso y ¡adiós nuestros pobres huesos! El canadiense tan misteriosamente desaparecido debe haber preparado una especie de mina. Por lo visto, Davis, al verse vencido y comprender que no podía quitarme las cartas, nos condenó a muerte.

A pesar de los saltos de las olas, el incendio se extendía con rapidez espantosa en la embarcación, completamente desarmada por la explosión.

—¡Cuerpo de mi amada pipa! —exclamó Cabeza de Piedra, que no podía permanecer callado ni un minuto—. Estremece pensar en el regalito que nos tenían preparado esos antropófagos, peores que los indios.

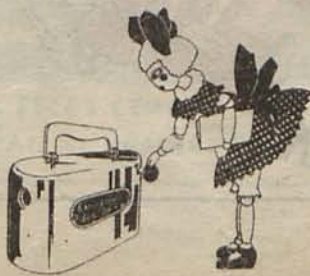
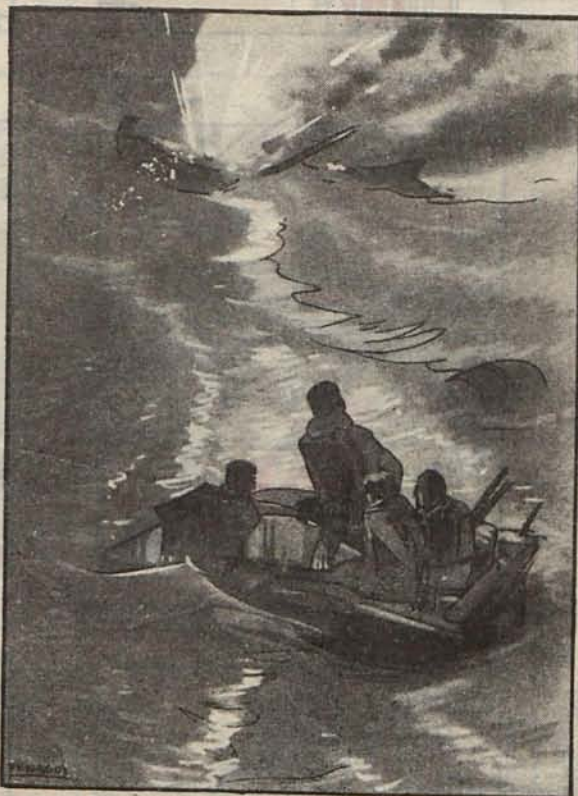
—Habla menos y cuida más de que no te arrastre el agua —dijo Petifoque.

—Siempre me ha gustado charlar, aun en medio de las peores borrascas. Nosotros los de Batz no podemos poner freno a la lengua.

—Fíjate en que estamos sobre la segunda fila de escollos y la resaca es aquí violentísima.

—¡Cuerpo de una fragata destripada! ¿Me crees ciego? Y con la magnífica antorcha que nos ilumina, hasta un ciego se hubiera dado cuenta de ello.

(Continuará en el número próximo.)



BANCO ESPAÑOL DE CRÉDITO

CAPITAL PTAS. 50.000.000 RESERVAS PTAS. 20.757.452
DOMICILIO SOCIAL CALLE DE ALCALA 14 MADRID
CAJA DE AHORROS

SE ADMITEN IMPOSICIONES HASTA UN LÍMITE DE 10.000 PESETAS ABONANDOSE EN LA ACTUALIDAD INTERESES A 4 POR 100 ANUAL

TODO TITULAR DE UNA CARTILLA CON SALDO MÍNIMO DE 25 PESETAS TENDRÁ DERECHO AL DISFRUTE GRATUITO DE UNA HUCHA DE AHORRO, QUE DEBERÁ DEVOLVER AL LIQUIDAR LA CUENTA O AL REDUCIR EL BALDO A MENOS DE LAS REFERIDAS 25 PESETAS

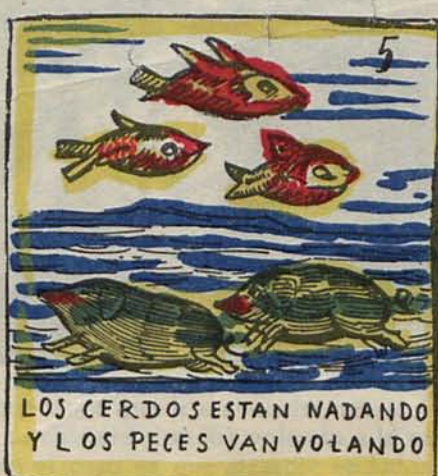
Ayuntamiento de Madrid



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ALELUYAS DE EL MUNDO AL REVES



¿SABÉIS POR QUÉ...?

DIVULGACION CIENTÍFICA

EL NOMBRE DE CARNAVAL

¿Por qué —os preguntáis seguramente— llevará el nombre de «Carnaval» esta fiesta que tanto nos gusta? ¿Qué querrá decir esta palabra?

Varias versiones circulan acerca del origen de la palabra «Carnaval». De ellas hay dos, entre las que vacilamos, las personas enteradas, como yo lo soy... y como vosotros lo seréis dentro de un instante.

La primera versión es la de creer que «Carnaval» viene de «carne vale», que quiere decir en latín «carne, adiós», y significa la despedida a la comida con carne antes del ayuno de la cuaresma.

La segunda versión, la más probable, es que «Carnaval» viene de «carris navalus», o sea «carro na-



val», por cierta carroza en forma de buque que los habitantes de la antigua Roma, los griegos, los celtas y los teutones paseaban por las calles, entre danzas y cánticos, durante las fiestas con que celebraban la llegada de la primavera, fiestas que han dado origen a la nuestra del «Carnaval».

Por cierto que esta costumbre subsiste todavía en algunos sitios. En una ciudad de Europa los habitantes celebran el «Carnaval» paseando por las calles un buque de más de setenta toneladas, colocado sobre un enorme carromato y tirado por diez o más caballerías, sobre las que van montados hombres vestidos de marineros, que arrojan al público —probablemente encantado con el regalo— flores y golosinas.

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

En muchos sitios es costumbre personificar el Carnaval en algún ser vivo o inanimado, que el último día de las fiestas se entierra o sumerge en el agua. (Lo que dudo es que en ninguna parte se le haya ocurrido a nadie personificar, como en Madrid, el Carnaval en... ¡una sardinal!)

En cierta población de España visten un muñeco de «rey de Carnaval» y le entierran a trozos: un día un brazo o una pierna; otro día el tronco; otro, la cabeza, organizando toda suerte de comitivas grotescas.

En la antigua Venecia, y en otros sitios también, el monigote representaba el dios Baco, y en lugar de enterrarle, se le arrojaba al agua.

El origen de esta costumbre, más o menos divertida, es muy antigua.

Proviene de que en las Saturnales romanas los soldados, treinta días antes de estas fiestas, elegían al más hermoso de entre ellos para personificar al dios Saturno. Le ataviaban entonces con galas reales, y durante estos treinta días el elegido mandaba, como dueño y señor absoluto, sobre todos sus compañeros.

Ya veis cómo cambian las cosas. Desde un aguerrido soldado romano, el Carnaval ha venido a ser representado por una sardina.



LIBRERIA DE ALEJANDRO PUEYO
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER 16 MADRID

Gran surtido en CUENTOS
y libros para niños y toda
clase de lecturas morales

Ayuntamiento de Madrid

HISTORIAS DE ANIMALES

EL HIJO DE RATON PEREZ

La historia del hijo de Ratón Pérez es una historia triste. Casi tan triste como la de su papá, el que se cayó en la olla con tan malísima suerte.

Este segundo Ratoncito Pérez, por desgracias de familia había tenido que ganarse la vida desde muy pequeño. Ya podéis suponer la serie de peligros que rodeaban a un ratón tan inexperto. Aún no había llegado a la edad madura de ratón en que se puede distinguir qué pedazo de tocino tiene trampa y cuál no la tiene.

¡Cuántas noches el pobre ratoncito, abandonado a su suerte, tuvo que acostarse sin haber comido más que periódicos atrasados!

Vosotros, afortunadamente, aún no habéis pasado todavía por esas terribles circunstancias de ser ratón y no tener qué roer.

Pero llegó el día en que, con su trabajo y honradez, pudo asegurarse nuestro ratoncito un decoroso medio de vida. Encontró un excelente almacén de ultramarinos, en cuya cueva se podía vivir sin pasar privaciones.

Entonces tuvo otra preocupación, además de la de esquivar las infames asechanzas de un gatazo negro, con ojos verdes como las bolitas de las gaseosas.

Ya colocado en la tienda, pensó en casarse y formar un hogar. Imitad la juiciosa conducta de Ratón Pérez (hijo) cuando seáis mayores.

Se enamoró perdidamente de una rata gris, elegantísima, que pasaba por allí algunas veces. Pero la rata no le hacía el menor caso. ¡Pobre Ratón Pérez (hijo)!

En vano se atusaba los bigotes delante de ella y le enviaba ramos de flores y cartas amorosas. La rata le despreciaba, sin compasión alguna. Este fracaso le hizo desengañarse de la vida y decidió abandonar este mundo miserable.

En efecto, se retiró a vivir dentro de un queso de bola, lejos para siempre de las vanidades terrenales. Allí, dentro del queso, buscó el olvido para sus penas.

Hasta que un día, cuando aún no se había consolado por completo, vió con sorpresa que el queso ya no estaba allí y que él se encontraba fuera nuevamente.

Y es que, desde dentro, se había ido comiendo el queso. ¿Comprendéis? hasta que se le acabó.

Después de este nuevo desengaño, se casó con otra rata menos presumida, y fue feliz.

De todos modos, no se os ocurra nunca comeros vuestra casa, como hizo el hijo de Ratón Pérez.



SEÑOR ABEJORRO

—Señor Abejorro, vístase de luto que tiene que ir a anunciar una mala noticia —le decían— y Señor Abejorro se embutía en su levita y se calaba su chistera y se iba volando a la casa que le indicaban.

No se sabía por dónde entraba; pero el caso es que siempre se había colado donde estaba reunida toda la familia y, allí, comenzaba a revolotear y darse cabezazos contra los cristales del balcón; y es que (¡tan brutal!) no se daba cuenta de que el cristal es una cosa igual que el aire, sólo que mucho más duro.

Después, para hacerse notar, moscóneaba un rato.

¡Uuuuuuuuuuuuu!

Entonces la familia lo notaba, y alguno decía:

—Alguna mala noticia vamos a tener.

Y se ponían todos muy tristes, a esperar... Y la mala noticia llegaba después, apresurada, jadeando de haber tenido que subir a prisa la escalera.

Otros días, le decían a Señor Abejorro:

—Señor Abejorro: vístase de claro que hoy va a anunciar una buena noticia.

Y Señor Abejorro se vestía de rubio, con su sombrero de paja y todo, y revoloteaba sobre la mesa, anunciando la buena noticia que iba a llegar.

Algunas veces, con la precipitación, Señor Abejorro se equivocaba y se ponía medio traje claro, y entonces, las familias se quedaban sin saber si echarse a llorar o a reír.

Hasta que alguien dijo que era una superstición y una tontería eso de creer que los abejorros anuncian las buenas y malas noticias,

Y Señor Abejorro empezó a desacreditarse y ya no le daban ningún encargo de los que antes acostumbraba a desempeñar.

Entonces quiso anunciar las noticias él por su cuenta, y como nunca acertaba, la gente se enfadaba mucho.

La víspera de un sorteo de lotería, don Tomás vió volar por su despacho a Señor Abejorro, vestido de claro.

—Un abejorro rubio, se dijo. Esto es una buena noticia. Mañana me va a tocar el gordo. Compraré un billete entero.

Y fue y se gastó veinte duros en un número, en un número que después no tocó.

Aquello no lo perdonó nunca don Tomás (¡los veinte duros de su alma!), y un día acechó a Señor Abejorro cuando llegaba zumbando y de un servilletazo lo mató para siempre.

Desde entonces, las malas y las buenas noticias vienen ellas solas.



Muñecas Pagés

Trajes para Niños

PERRITO XAUDARÓ

Pelíeros 6 Y 8 (entresuelo) Madrid

Ayuntamiento de Madrid



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, MODISTA

¿Os gusta este gracioso trajecito azul? ¡Ya lo creo, y a cualquiera! Como que ya estáis soñando con hacerle uno así a vuestro muñeco de celuloide; y a mamá se le ha ocurrido la misma idea con respecto al «muñeco» de ella, vuestro hermanito, el mimado benjamín de la familia.

La tela puede ser de cretona ordinaria, pues ya sabéis que soy partidaria de la economía, sobre todo cuando, como en estos casos, lejos de perjudicar favorece a la elegancia.

Los adornos serán, asimismo, de cretona verde y de cretona rosa, recortados y pegados sobre un fondo de cretona amarilla; todos los contornos, siempre negros, hechos con algodón perlé a punto de cordón o de cadeneta, o para mayor solidez, de festón.

Si el muñeco fuese moreno —el vuestro, a lo mejor, es hasta un negrito—, preferiría el traje encarnado y los dibujos verdes, en azul.



PIRULA, MUEBLISTA

¡Qué gusto da por la noche, cuando se tiene sueño y se está cansado de trabajar... y de jugar, meterse en la fresca blancura de la camita! Y si esta cama es original de forma, graciosa y risueña de aspecto, miel sobre hojuelas.

Por eso creo que os encantará la que os presento hoy; es mucho más práctica y bonita que las camas o cunas de antiguo modelo, y se aparta también de la nueva cama-diván, ya tan vulgarizada.

Lo que sí os aconsejo es que no le pongais una colcha corriente, sino una colcha hecha con... Pero, bueno, de esto ya nos ocuparemos otro día.

Solamente tengo un temor: la cama os ha de gustar tanto y os encontraréis en ella tan bien que, a lo mejor, por las mañanas, se os «pegan las sábanas» más que de costumbre.



Pero, ¿qué digo?
¿Lectores de PINOCHO
dormilones y holgaza-
nes?... ¡Imposible!

El calzado constitu-
ye una verdadera pre-
ocupación; con insospe-
chada malicia nunca se
encuentra a mano, cuan-
do hace falta.



Para remediarlo os presento otro cajón pintado y dibujado con suma sencillez, y al que basta con quitar una de las tablas laterales, reemplazándola por una cortinita de cretona, para transformarle en un mueble de una elegancia muy moderna y además de una comodidad múltiple; en efecto, también sirve de mesa, y apuesto que más de una vez, sobre ella jugaréis al dominó o a la oca, o saborearéis las chucherías de la merienda sentados en la silla, cuya originalidad de forma y llamativa sencillez de colores hace juego con este improvisado mueble para calzado.



EL TEATRO DE PINOCHO

EL DUQUESITO DE RATAPLÁN

COMEDIA BUFA, REPRESENTABLE

(Continuación.)

REY Llevad a ese miserable a la torre de los Pirulís, donde será encerrado durante tres días en espera del momento de su ejecución.

SEGIS. Saliendo de su asombro. Señor, ¿de qué crimen se le acusa a mi padre, el más bueno, el más virtuoso de los hombres?

REY Del crimen del lenguado, joven deslenguado.

DUQUE ¿Me matan porque me gusta el lenguado?

REY Sí, y porque al darle la vuelta has contravenido a la «Ley del pescado frito», que prohíbe cometer este acto monstruoso en todo el reino de Pirulandia.

DUQUE Si tal es la ley, me someto.

SEGIS. Y yo me someto también; pero no me resigno a que el condenado sea mi padre. Arrojándose a los pies del rey. Señor, concédeme un favor: que me prendan a mí, me encierren y me maten en su lugar.

REY Encogiéndose de hombros. ¡Bueno! ¿A mí, qué? ¡Con tal de que maten a alguien!

SEGIS. Gracias, señor.

Los mayordomos sueltan al duque y se llevan a su hijo. Y la Princesa, que ha permanecido inmóvil y silenciosa contemplando con los ojos redondos y la boca abierta toda la escena, exclama con entusiasmo:

PIRUL. ¡Ay, papá, qué simpático es!

CUADRO TERCERO

Un calabozo en la torre de los Pirulís; una mesa con un cántaro roto y un pan. Un escabel en el que está sentado Segismundo. Entra el carcelero.

CARCEL. Señor Duquesito de Rataplán, ¿qué tal van esos ánimos?

SEGIS. Mentiría, amable carcelero, si le dijera que me hace gracia morir por un lenguado... ni aunque fuera por un tiburón. Sin embargo, me siento dichoso puesto que al dar mi vida salvo la de mi padre.

CARCEL. Debéis de ser un gran culpable, puesto que la justicia pirulandesa os condena a la última pena; pero no se puede negar que sois un buen hijo.

SEGIS. Además, el que no se consuela es porque no quiere.

CARCEL. Vengo a anunciaros un gran honor y una gran dicha: la visita del rey Pirulón XVII, que viene en persona a recoger de vuestros labios el primero de vuestros tres últimos deseos.

SEGIS. ¿El primero de los tres últimos...? ¿Es una charada?

CARCEL. ¿Pero ignoráis lo de los tres deseos de los condenados a muerte?

SEGIS. Lo ignoro; como es la primera vez que me matan...

CARCEL. Sabed, pues, que la ley concede al reo el derecho a expresar, por cada uno de los tres días de su detención, un deseo, y estos deseos, sean cuales sean, salvo, naturalmente, el de la vida, son cumplidos al punto.

SEGIS. Pensativo. Hombre. ¡No está mal eso!

CARCEL. Con curiosidad. Decidme, señor Duquesito de Rataplán, ¿cuál será vuestro primer deseo?

SEGIS. Remedándole con sorna. Decidme, señor carcelero, ¿qué diríais si se me ocurriera solicitar un plato de fresas, que me gustan tanto como el pescado frito le gustaba a la difunta Lulú, perrita de Su Alteza Pirulina?

CARCEL. Asustado. ¿Un plato de fresas decís? ¿Pero es que os burláis de la justicia pirulandesa? ¡Si las fresas se recogen en verano, y estamos todavía en el mes de Diciembre!

SEGIS. ¡Oh! por mí no tengo prisa. Riendo. Pero no te apures, amable carcelero, no pediré fresas ni solicitaré aprender a hablar el ruso ni...

En este momento se oyen grandes rumores, aclamaciones, vivas, aplausos, vitorios.

CARCEL. ¡Ah! ¡Ya está aquí! ¡Ya llega Su Majestad!

La puerta se abre y entra el rey, seguido de un ministro.

SEGIS. Inclínándose. Señor...

REY Duquesito de Rataplán, ya te habrás enterado de que

pienso concederte tres gracias..

SEGIS. Muchas gracias...

REY No, tres nada más. ¿Has pensado ya cuál es la primera que me vas a pedir?

SEGIS. He pensádola.

REY Pues date prisa; tu deseo será cumplido, palabra de rey.

SEGIS. Señor, deseo que me traigan al punto todos los tesoros de Vuestra Majestad.

REY Pegando un salto. ¿Qué dices? ¿Mis tesoros? ¿Estas loco? ¡Miserable! ¡Que le prendan!

SEGIS. Inclínándose. Señor, ya estoy prisionero.

REY ¡Que le maten!

SEGIS. Inclínándose. Señor, ya estoy sentenciado.

REY Atragantándose de rabia. Pero tú ¿qué te has creído...?

SEGIS. Me he creído —y por ello pido humildemente perdón a Vuestra Majestad—, me he creído que los reyes cumplían siempre su palabra.

MIN. Al oído del rey. Señor, puede que no haya gran inconveniente en acceder al deseo del condenado.

REY ¡Claro! Para tí no hay ninguno, ¿verdad? ¡Como a tí no te quita nada!

MIN. No es eso, señor; pero ¿qué quiere Vuestra Majestad que este cautivo haga con los tesoros reales? A lo sumo gozar con su posesión durante tres días sin poder gastar ni un céntimo; luego los recuperamos, y en paz.

REY Súbitamente calmado. Es verdad; para un ministro no eres demasiado tonto. Gritando. ¡Holá que me traigan al punto mis tesoros.

Se abre la puerta y aparecen tres hombres, cargados cada cual con un saco o una caja, que depositan a los pies del rey, y se van.

(Continuará en el número próximo.)

APARATOS Y DISCOS

Cineon

A PLAZOS

Y AL CONTADO

Preciados 1
Peligros 14



Ayuntamiento de Madrid

Madrid

COLABORACION INFANTIL

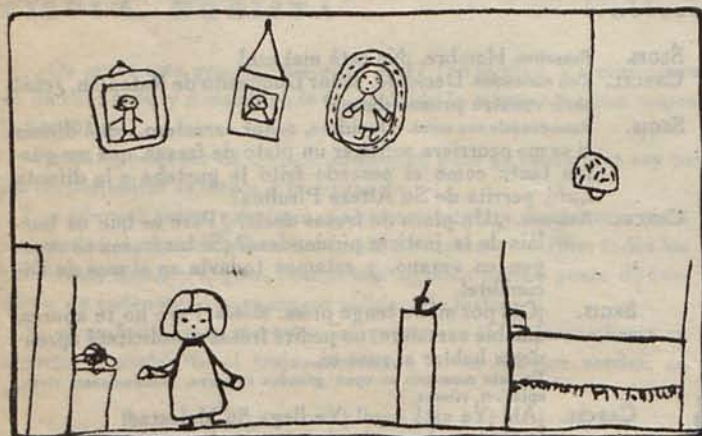


Bartolillo era un infeliz que creyó encontrar un diamante.

Pero tan desgraciado era que se le adelantó otro

y se quedó tan pobre como antes.

JUANITA RUIZ.
Doce años. Cáceres.



Mi amiga Pepita en su alcoba.

ENCARNITA RUA.
Ocho años. Madrid.



¿A que no sabéis dónde llevo la botella?

OSCAR RUIZ.
Once años. Badajoz.



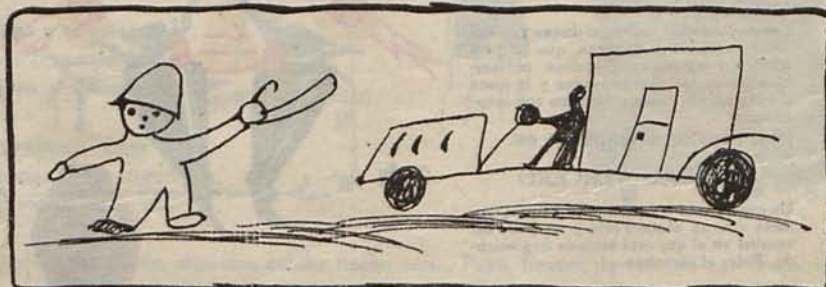
—Maño, ¿a que no sabes por qué tienen los viejos el pelo blanco?

—Ridiez: porque de vivir tanto se les pone blanco del polvo.

MANUEL.
Diez años. Barcelona.



¡Pues no se me ha olvidado lo que tenía que comprar!
E. R.
Ocho años. Madrid.



¡¡¡Altoooo!!!

ENCARNITA RUA.
Ocho años. Madrid.

A NUESTROS COLABORADORES

Para colaborar en PINOCHO debéis hacer los dibujos con tinta china, nunca con lápiz ni en colores; y si sois tan listos como nosotros nos figuramos y os atrevéis a hacer cuentos, tened cuidado de que no pasen de 40 líneas escritas en una cuartilla.

Los trabajos los mandaréis firmados con vuestro nombre y apellido, indicando el lugar de vuestra residencia y edad.

NOTA.—Los trabajos deben venir acompañados del cupón para «Colaboración infantil».

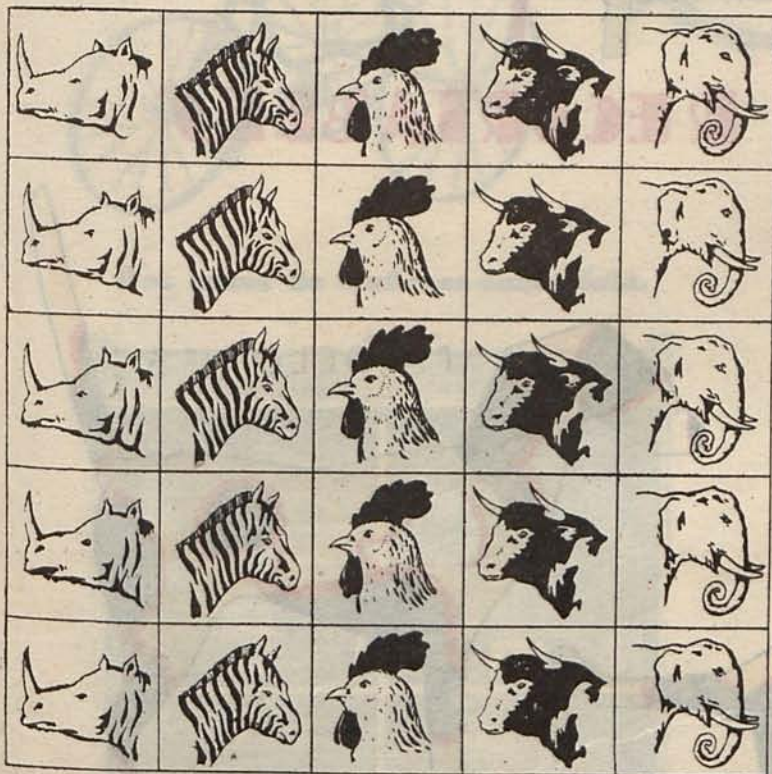
Autopianos
"MELODIA"
"VIRTUOLA"
REPRODUCTORES de los
mas célebres pianistas
del mundo



Pianos-Autopianos
Harmoniums
Virtuola S.A.
Avenida Conde de Peñalver
17 MADRID

CONCURSOS

LOS ANIMALES SE MUDAN



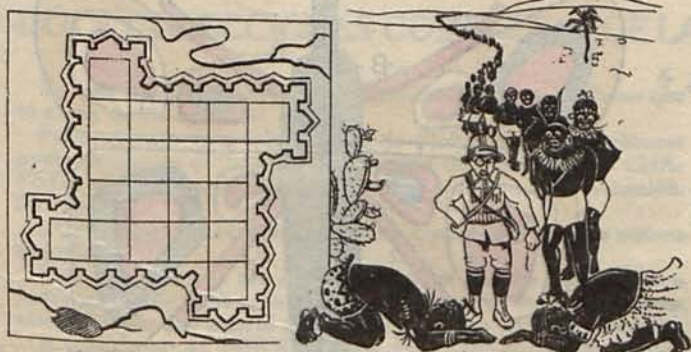
Como veis, aquí hay 25 cabezas de animales. Se trata de combinarlas de manera que en todas las casillas horizontales, en las verticales y en las dos grandes diagonales haya una cabeza diferente de cada animal. Para enviar la solución podéis dibujar un cuadro con 25 casillas y marcar en ellas las cabezas, bien sea con números o con nombres.

KIKIRIKI



Pues señor, este es un gallo, aunque no no lo parezca. Para que resulte como debe ser hay que cortarle en trozos y juntar éstos de manera que el pobre animalito adquiera su forma natural. Aconsejamos que calquéis el dibujo para poder hacer los ensayos necesarios.

LOS PRISIONEROS



Este es un explorador que trae 20 prisioneros y los encierra en las 20 casillas que se ven a la izquierda. Los prisioneros pertenecen a 6 tribus diferentes, a razón de tres cautivos por cada tribu: 3 cautivos de la tribu A, 3 de la B, 3 de la C, 3 de la D, 3 de la E y 3 de la F. Hay, además, un jefe, y otro jefe enemigo.

¿Cómo repartiríais vosotros estas 20 personas entre las 20 casillas, de manera que no se encuentren 2 prisioneros de la misma tribu en la línea de casillas horizontales, verticales ni diagonales?

LOS SOMBREROS CAMBIADOS



Estos seis niños han confundido sus sombreros y sus gorras y resulta que ninguno tiene puesto el suyo. Decidnos a quien pertenece el sombrero de la niña núm. 1, la gorra del niño número 2, etc., etc.

Enviad las soluciones a PINOCHO, Apartado 447-Madrid, poniendo en el sobre «Para el Concurso».

Entre los más acertados se rifará a fin de mes gran cantidad de premios. Oportunamente daremos la lista de estos premios, que os entusiasmarán por lo admirables que son.

CUPÓN 3

♦ ♦ ♦ ♦ Colaboración infantil

¡Ah!, no olvidéis que con las soluciones de cada número debe acompañar el cupón que dice:
"CONCURSOS PINOCHO"

CUPÓN 3

♦ ♦ ♦ ♦ Concursos PINOCHO

SECCIÓN RECREATIVA



FIGURAS RECORTABLES

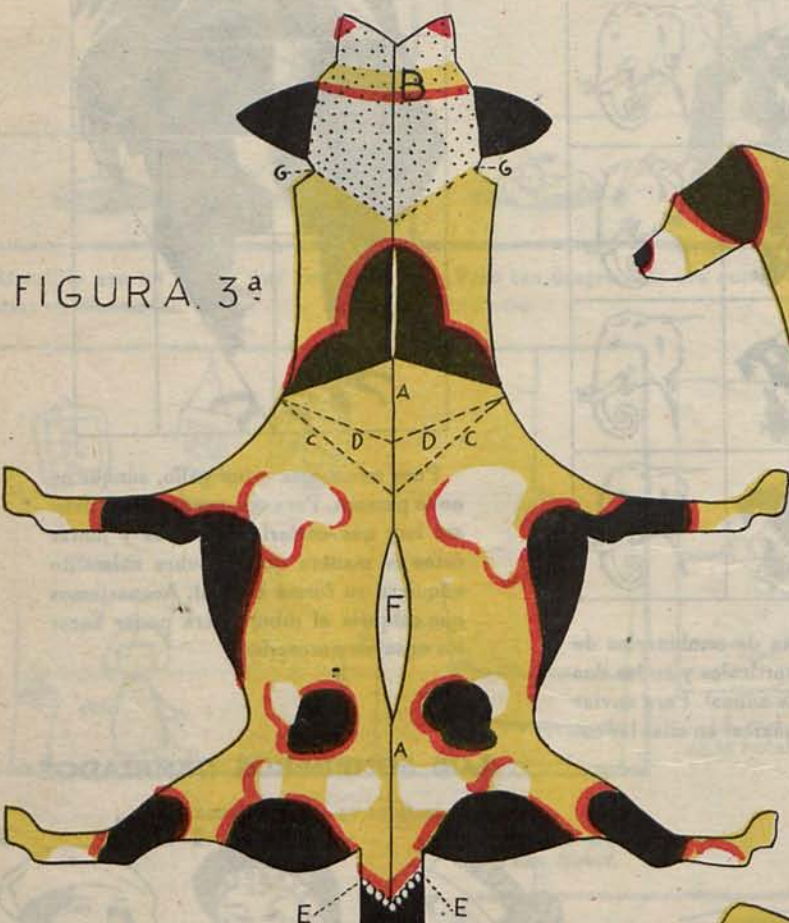
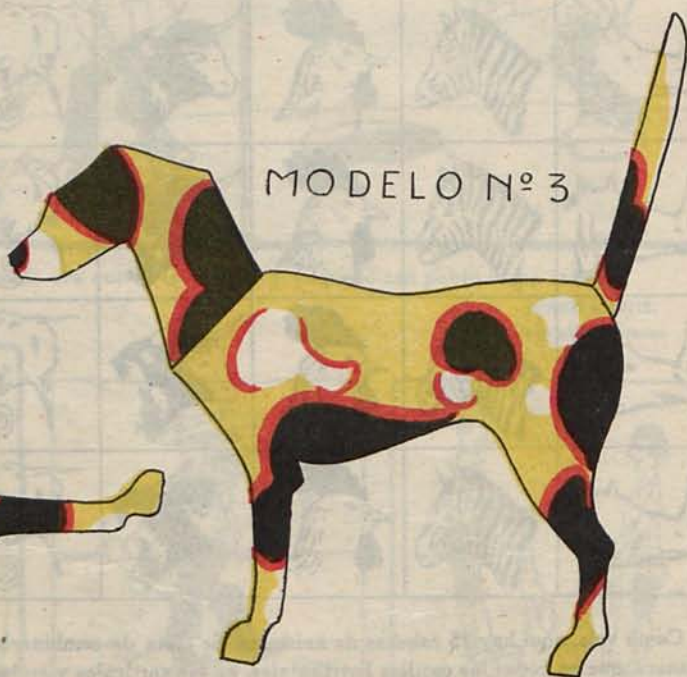
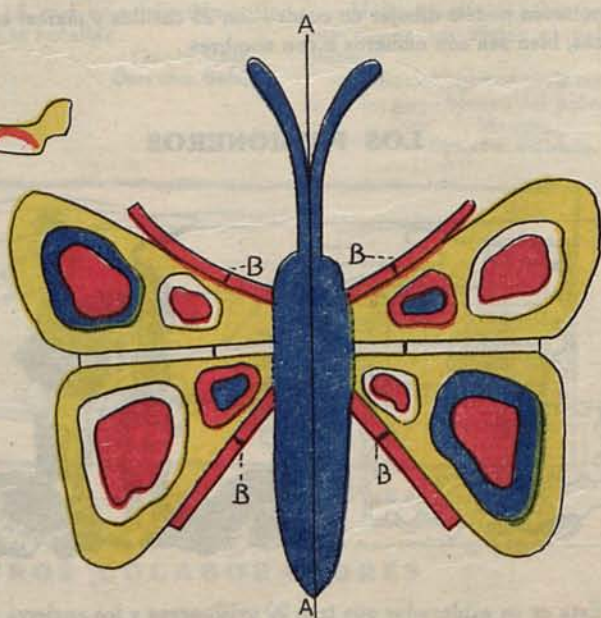


FIGURA 3ª



MODELO N° 3

FIGURA 4ª



MODELO 4º

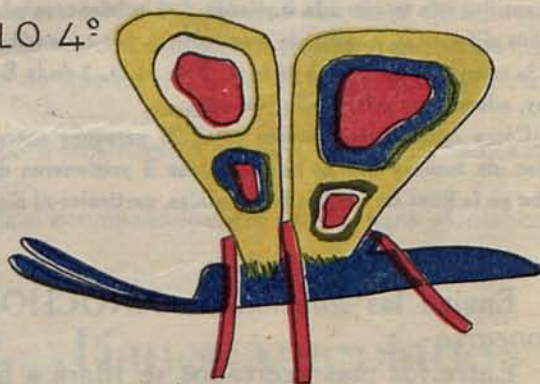
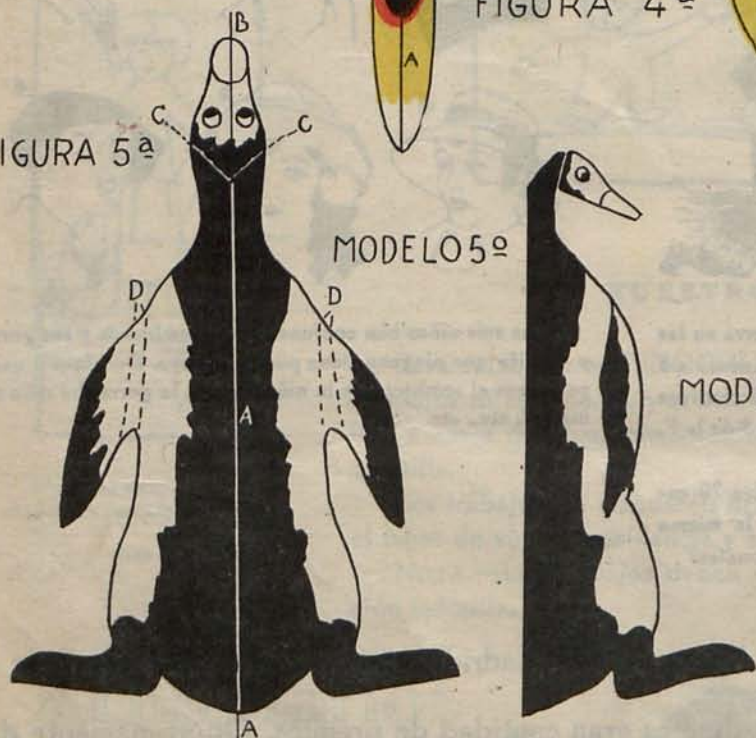


FIGURA 5ª



MODELO 5º

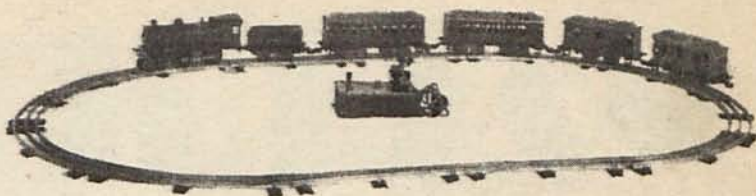
INSTRUCCIONES

- FIGURA 3.ª Recórtese por la línea exterior y el hueco F. Dóblese hacia afuera la línea A y las dos de puntos G. Hacia adentro la línea B, y péguese la superficie de puntos. Dóblese hacia afuera las líneas de puntos C y hacia adentro las líneas D. Dóblese hacia adentro las líneas E y levántese el rabo hacia arriba.
- FIGURA 4.ª Recórtese por la línea exterior y las patas hasta la B. Dóblese por la línea A, dejando ésta hacia afuera. Dóblese por las líneas B, bajando las patas, como indica el modelo 4.
- FIGURA 5.ª Recórtese por la línea exterior. Dóblese por la línea A hacia afuera y por la línea B hacia adentro, dejando las líneas C hacia afuera. Dóblese las líneas D, volviendo el ala hacia afuera, como indica el modelo 5.

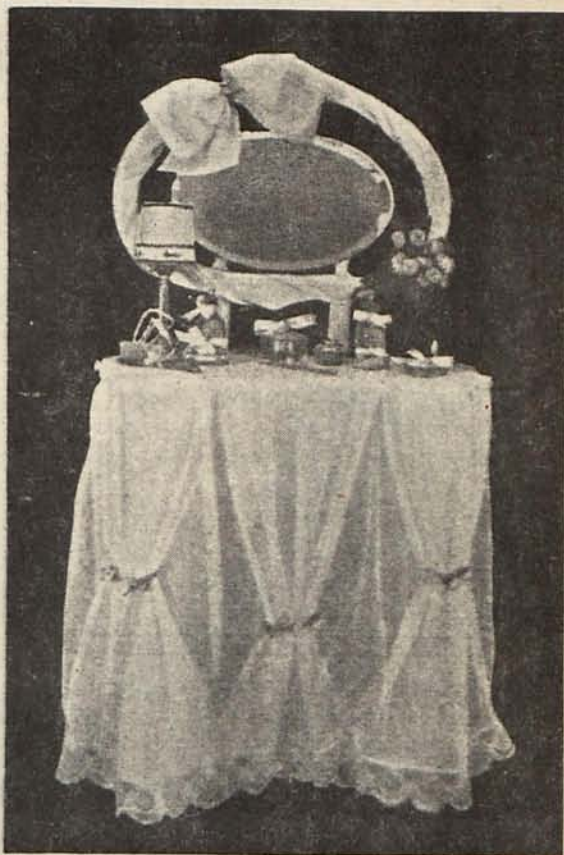
Tres triciclos como éste.



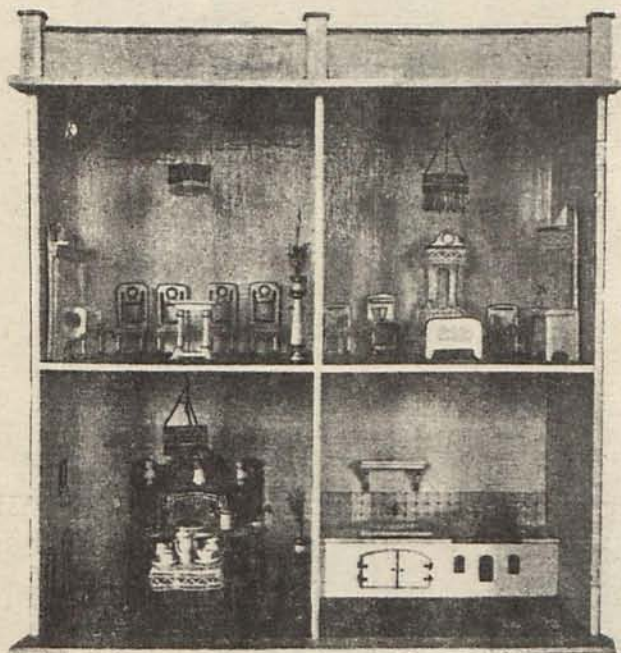
Un tren eléctrico como éste.



Dos tocadores «de verdad» como éste.



Dos casas de muñecas como ésta.



DOCE COLECCIONES COMPLETAS DE LAS AVENTURAS DE PINOCHO Y CHAPETE

Ya veis que PINOCHO es espléndido como un rey. ¡Como que es el rey de los muñecos!

PUES AÚN HAY MÁS: Todo lector de PINOCHO puede obtener gratis tres tomos de la serie de aventuras de PINOCHO Y CHAPETE, elegidos por él mismo entre todos los de nuestra colección. ¡Tres tomos!

¿Qué hace falta para tener opción a todos estos regalos?

Pues sencillamente ser suscriptor por un año de PINOCHO o lector asiduo de él. A todo suscriptor por un año se le entregarán cincuenta números para el sorteo de los regalos arriba enumerados.

A todo lector de PINOCHO que nos envíe cincuenta cupones se le entregarán cincuenta números para el sorteo. (El cupón va al final de esta página.)

Todo suscriptor por un año de PINOCHO recibirá un boletín donde podrá indicar los tres tomos que desea.

Todo lector de PINOCHO que nos envíe cincuenta Cupones para cuentos podrá elegir los tres tomos que prefiera.

¿Está claro?

Es decir, tanto los suscriptores como los lectores de PINOCHO podrán obtener uno de los espléndidos regalos anunciados, y además recibirán gratis tres tomos de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

Ninguno de vosotros dejará de suscribirse o de comprar PINOCHO, porque quien no lo haga sufrirá luego terribles remordimientos al tener que confesarse (aunque sea en voz muy bajita) que ha sido un tonto. ¿Y a quién no le duele el tener la seguridad de ser tonto sin remedio?

Cupón para el sorteo
de regalos.

Cupón para
cuentos.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

El amigo de PINOCHO, llamado que vive en la calle
de núm. Pueblo
Provincia de, se suscribe por a
PINOCHO, semanario infantil, para lo cual envía adjunta la cantidad de
en (1).

Llenad este Boletín y enviadle a PINOCHO. Apartado, 447. Madrid.

NOTA IMPORTANTE.—Para tener derecho a los tres tomos de PINOCHO y a los cincuenta números para el sorteo de regalos, es necesario suscribirse por un año o mandar los cincuenta cupones antes del 31 de Mayo, fecha en que se celebrará el sorteo.

(1) Valores declarados, giro postal, cheque, etc.

MADRID-PARIS

GRANDES

ALMACENES

AY PINOCHÍN!
QUE A GUSTO SE
ESTÁ AQUÍ....



FÍJATE **P**IRULA **Q**UE **M**UEBLES **T**AN **M**AG-
NÍFICOS, **Q**UE **A**LFOMBRAS **T**AN **P**RECIOSAS.
!Y PENSAR QUE COMO ESTOS LLEVAMOS
VISTOS MAS DE DIEZ MIL; SOLO EN ESTA FOR-
MIDABLE CASAS SE ENCUENTRAN SURTIDOS ASÍ